

Un intento para explicar la versión del “Diario de Bucaramanga”

Escribe: RAFAEL SALAMANCA AGUILERA

Es bien sabido que poco después de descubierto el manuscrito del “Diario de Bucaramanga” de Perú de Lacroix, se arriesgó por algunos escritores de allende el Táchira la versión de que la muerte en San Mateo del capitán colombiano Antonio Ricaurte no había tenido las características heroicas que testimonios auténticos le confieren.

El asunto se ha discutido muchas veces, a través de largos años, sin que se haya ensayado una explicación imparcial y razonada a las palabras que, sobre el extraordinario episodio, se achacan al Libertador en el citado Diario. El benemérito y erudito compatriota, don Luis Orjuela, hizo al respecto, un análisis minucioso pero demasiado rígido y con pocas concesiones a documentos en controversia. La última escaramuza fue provocada no hace muchos años por el distinguido historiador venezolano José A. Cova y con ocasión de ella algunos salimos en defensa del ínclito capitán, esgrimiendo los mismos argumentos que en anteriores oportunidades habían sido expuestos largamente. El patriotismo quedó por entonces satisfecho, pero tenemos que confesar que en el orden dialéctico no nos sentimos muy conformes.

Ultimamente hemos meditado sobre el asunto y sobre la importancia de considerar seriamente algunos elementos de juicio que hasta la fecha no han sido apreciados en su justo valor; y hemos creído que si se afronta el caso con objetividad y sin prejuicios, pueden darse algunos pasos en el esfuerzo por conciliar situaciones al parecer contradictorias y proyectar luz nueva sobre la controvertida cuestión.

En el intento a que ahora nos atrevemos no hay documento nuevo alguno. Se trata solamente de un análisis ordenado de los hechos y del aprovechamiento de alguna circunstancia de carácter técnico.

Los puntos principales de estudio son los siguientes: la actuación heroica de Ricaurte; las posibilidades sobre el destino del cuerpo del héroe en el momento y después de su sacrificio; la versión del Libertador, contenida en el "Diario de Bucaramanga", y la declaración del testigo presencial, Tomás Gutiérrez, sobre la sepultura de los restos de Ricaurte en la iglesia de San Mateo.

PRIMER PUNTO

La actuación heroica de Ricaurte es, desde luego, la cuestión básica a la cual, por corresponder a un hecho histórico comprobado, debe dársele fuerza y carácter de premisa. No es, pues, el caso de repetir los argumentos acumulados en favor de algo que es incontrovertible aun para autores venezolanos de la más alta alcurnia, como Baralt, el padre Nicolos E. Navarro y el propio José A. Cova, antes citado, quien acepta y exalta la proeza de Ricaurte en su libro *El superhombre*. Si las reticencias expresadas al respecto se inspiran invariablemente en las frases achacadas al Libertador en el libro de Perú de Lacroix, son tales declaraciones las que deben estudiarse, no solo con rigor, sino también con sagacidad, en averiguación de lo que ellas pueden contener de verdadero o de falso, de seguro o de probable, de intrascendente, imposible, razonable, comprobable, equívoco o erróneo. Así procuraremos hacerlo al afrontar tales declaraciones.

SEGUNDO PUNTO

Tres hipótesis pueden contemplarse sobre el destino del cadáver del héroe: su desintegración completa al impacto de la explosión; su enterramiento bajo los escombros; su proyección hacia el campo cercano en donde se combatía.

a) Es necesario decir que la primera de estas hipótesis es la menos viable. No es fácil suponer, a la luz de la ciencia y la experiencia, que el cuerpo hubiera sufrido una desintegración llevada al extremo de no quedar rastro ni huella material alguna. Morir es fácil; no lo es tanto desaparecer. El esqueleto del hombre realiza una maravillosa combinación de palancas tran-

sitorias de extraordinaria firmeza y, en general, el cuerpo posee una extraña elasticidad y exige condiciones especiales para su aniquilación total. En los grandes accidentes ferroviarios, terremotos, incendios y explosiones, se producen lesiones internas y externas gravísimas, decapitaciones, aplastamientos y toda clase de mutilaciones; sinembargo, la materia resiste y en muchos casos es posible la identificación. La moderna aviación registra el peor tipo de catástrofes: aquel en que a los estragos de la explosión y el incendio, se suma el impacto del choque a una alta velocidad; no obstante eso, los cadáveres aun carbonizados mantienen su integración, y muchas veces pueden ser reconocidos. No parece razonable tomar en serio la fragmentación total, la atomización de la carnal envoltura del ínclito capitán Ricaurte en la acción de San Mateo. No es desdeñable apuntar que el polvorín no era muy grande, y en esa época no se contaba con elementos de gran poder explosivo como la dinamita.

b) La hipótesis de que el cuerpo del héroe hubiera quedado sepultado bajo las ruinas, parecería ciertamente la más lógica y aceptable. No obstante nadie ha pretendido revalorarla y no se tiene conocimiento de que hayan sido emprendidos en la casa de San Mateo trabajos de remoción de escombros y excavaciones, guiadas científicamente en busca de los gloriosos restos.

c) Si se estudia el mecanismo de la explosión, se encuentra que ella consiste esencialmente en una transformación química brusca, con producción de un volumen extraordinario de gas dotado de gran fuerza expansiva y rápido poder de combustión. No es extraño en estas circunstancias que los cuerpos y objetos en general, puedan ser proyectados a distancia más o menos considerable. Es lo que pudo haber pasado en el caso de nuestro héroe. La posibilidad no tiene por qué descartarse. Se sabe que él decidió salvar el parque prendiéndole fuego y que al darse cuenta de que el enemigo invadía ya los aposentos de la hacienda, ordenó el retiro de sus seguidores e incendió los pertrechos, causando la hecatombe. Se plantea así la probable ocurrencia de que Ricaurte, ya sin vida o agonizante, hubiera sido proyectado hacia el terreno cercano al mirador del trapiche donde se consumó la hazaña.

TERCER PUNTO

Antes de afrontar el análisis de este punto, queremos señalar que muchos historiadores impresionados justamente por

el antagonismo entre las concluyentes razones que asisten y respaldan la evidencia del sacrificio de San Mateo y las declaraciones achacadas a Bolívar, han optado por negar estas de plano. Algunos han rastreado en la vida de Perú en busca de hechos y actuaciones que invaliden su autoridad como historiador; otros alegan la adulteración del Diario en la parte pertinente; si es cierto que esta versión cuenta con autorizados adherentes, también es verdad que nuestro compatriota Cornelio Hispano nada dice sobre el particular, no obstante que fue él quien dispuso la primera edición del Diario en 1912, sobre el original que, para el efecto tuvo que estudiar y trajar ampliamente. No parece, pues, que lo dicho sobre nuestro héroe sea todo una patraña del autor del "Diario de Bucaramanga". Dentro del tema abordado por el Libertador el día de tales declaraciones y después de endiosar a los jefes venezolanos y desacreditar, a más no poder, a los oficiales granadinos y hacer justicia apenas a la conducta de Atanasio Girardot, era casi forzosa una referencia a Ricaurte. Toca ahora analizar el texto conocido.

He aquí lo que Perú de Lacroix pone en boca del Libertador:

"Su muerte (la de Ricaurte) no fue como aparece, no se hizo saltar en un barril de pólvora en la casa de San Mateo, que había defendido con valor; yo soy el autor del cuento, lo hice para entusiasmar a mis soldados, para atemorizar a los enemigos y dar la más alta idea de los militares granadinos, Ricaurte murió el 25 de marzo del año 14, en la bajada de San Mateo, retirándose con los suyos, murió de un balazo y un lanzazo y lo encontré en dicha bajada tendido boca abajo, ya muerto y las espaldas quemadas por el sol".

Este texto puede dividirse en dos partes.

Primera parte.

"Su muerte (la de Ricaurte) no fue como aparece, no se hizo saltar en un barril de pólvora en la casa de San Mateo que había defendido con valor; yo soy el autor del cuento, lo hice para entusiasmar a mis soldados, atemorizar a los enemigos y dar la más alta idea de los militares granadinos".

En lo transcrito Bolívar dice dos cosas solamente:

a) Que Ricaurte defendió con valor la casa de San Mateo, de cuya guarnición era jefe responsable.

b) Que hizo circular el invento de que Ricaurte se había hecho saltar en un barril de pólvora, con la intención muy explícitamente consignada de “entusiasmar a sus soldados, atemorizar a los enemigos y dar la más alta idea de los militares granadinos”. Bolívar nunca negó la hazaña de Ricaurte.

El ánimo más aprehensivo no encuentra en esta parte sino un elogio al oficial granadino y una justificación adecuada del invento del barril de pólvora, cosa esta última muy del Libertador, quien gustaba mucho de dar espectacularidad a hechos importantes y notorios.

Segunda parte

Esta parte dice:

“Ricaurte murió el 25 de marzo del año 14, en la bajada de San Mateo, retirándose con los suyos, murió de un balazo y un lanzazo, y lo encontré en dicha bajada tendido boca abajo, ya muerto y las espaldas quemadas por el sol”.

En este punto se halla el enigma indescifrable para quienes no aceptan de ningún modo el hecho de que, con posterioridad a la proeza de prender fuego al polvorín de San Mateo, pueda hablarse siquiera de la existencia del cuerpo de Ricaurte en lugar distinto de la atmósfera y “en átomos volando”.

Para aportar algo al problema, nos permitimos hacer uso de una hipótesis de trabajo.

Ricaurte se halla solo en la habitación del polvorín, dispuesto a ejecutar su designio. ¿Cómo lo realizó? Hay la versión de que bajó a la cocina, de donde subió con un tizón encendido; pudo ejecutarlo también con una cerilla, una pequeña mecha, un trozo de estopa encendido, un disparo de su pistola o también haciéndose saltar en un barril de pólvora para que el invento del Libertador resultara historia auténtica. Lo que se sabe de cierto es que el héroe realizó la proeza, sin vacilación y cumplió con éxito la consigna de poner fuego al polvorín inutilizándolo para el enemigo que estaba a punto de capturarlo.

Dos cosas pudieron pasar en el momento de la explosión: o el cuerpo de Ricaurte fue proyectado por la onda explosiva hacia el terreno cercano a la casa del trapiche, en donde algunos de sus soldados, en un afán de rescatar el cadáver de su

comandante, lo condujeron hacia la bajada de San Mateo, dejándolo allí; o bien Ricaurte, por uno de aquellos extraordinarios azares que suelen presentarse, quedó con vida e incorporándose a los suyos, entró en combate y pereció en él. Si las cosas pasaron de uno de estos dos modos, la gloria del granadino se acrecienta en lugar de disminuir. Arriesgar la vida hasta el mayor extremo para cumplir una consigna heroica, y luego correr hacia el enemigo para combatirlo cuerpo a cuerpo y hallar la muerte en el campo de batalla. Doble corona de laurel para sus gloriosas sienes. Naturalmente cualquiera de las hipótesis propuestas abre paso a la realidad de que Bolívar encontró el cadáver de Ricaurte, el día siguiente, en la bajada de San Mateo.

Al llegar a este límite, cualquiera dirá que según lo dicho, el problema ha quedado resuelto y que todo lo que dijo Bolívar por boca de Perú de Lacroix, corresponde a una realidad. No tanto decimos nosotros. No hay que olvidar que estamos razonando sobre hipótesis que de seguro nunca serán esclarecidas pero que deben aceptarse eventualmente para comprobar un hecho que, ese sí es más seguro y sin las cuales no tendría explicación. El hecho a que nos referimos es precisamente el hallazgo del cadáver de Ricaurte por el Libertador, hecho que tiene el respaldo decisivo del oficial Tomás Gutiérrez granadino de origen y combatiente en San Mateo, quien asegura que los restos del héroe no quedaron insepultos sino al amparo de lugar sagrado. Pero vamos ya a dilucidar ese cuarto punto.

CUARTO PUNTO

Las afirmaciones de Tomás Gutiérrez son del tenor siguiente:

“Se peleó en San Mateo por más de un mes; todos los días, o los más de ellos, se tenían reñidos combates; en uno de ellos *incendió y voló con el parque*, el héroe granadino Antonio Ricaurte. Sus restos no quedaron insepultos, como equivocadamente se dijo; no: un oficial granadino, cucuteño, con otros compatriotas, los recogimos y sepultamos en la iglesia de aquel pueblo”.

La versión tiene condiciones de gran credibilidad. Se trata de un combatiente, de un testigo presencial, de quien como

actor en los sucesos, asevera no solo que Ricaurte “incendió y voló” el parque, sino que él y algunos compañeros dieron sepultura a los restos en la iglesita de San Mateo.

El testimonio de Gutiérrez ha sido rechazado sin razones. Si no se atiende a la declaración de un testigo presencial, ¿cuál es la declaración que sirve? Precisamente la seguridad con que el testigo afirma dos cosas, al parecer antagónicas, el incendio del parque y la presencia del cuerpo en el campo de batalla, dan a su declaración mayor espontaneidad y verosimilitud. Qué hermoso gesto hicieron los granadinos recogiendo los despojos mortales del héroe por antonomasia para darles decoroso enterramiento. En la iglesia de San Mateo no se encuentran comprobantes sobre defunciones producidas antes de 1821, porque solo en este año se abrieron los libros respectivos.

El testimonio de Tomás Gutiérrez, quien alcanzó en la campaña de Venezuela la calidad de Sargento Mayor, tiene importancia fundamental y no creemos posible invalidarlo.

No creemos merecer reproche por actualizar un tema que para algunos podría parecer impertinente o inoportuno. La historia, en nuestro tiempo, se orienta abiertamente hacia las rectificaciones necesarias. Para ello cuenta con un mayor acopio documental y una más amplia perspectiva del pasado; con las informaciones y métodos eficaces que la sociología ha puesto a su servicio y con un ambiente nuevo, que cada día se purifica, de la pasión sectaria, la vanidad testaruda y los caprichos de la fantasía. También se comprueba la justificada tendencia a considerar los hechos, no aisladamente, sino dentro de las numerosas circunstancias que hubieran podido influir en su origen y desarrollo; y a humanizar a los próceres y a los héroes, no divulgando torpemente sus posibles debilidades, pero sí librándoles de los pesados velos de la leyenda y despojando su vida y su obra de todo aquello que por exagerado o ficticio pudiera adulterarlas u oscurecerlas. Promover, por tanto, la consideración de un problema aún insoluto, con el afán desinteresado de aportar algo a su esclarecimiento satisfactorio, será siempre procedente y útil.

La controversia sobre el sacrificio de Ricaurte siempre se ha sostenido sobre la persistencia en sostener la incompatibilidad entre la presencia del cadáver del héroe en el campo de batalla y la realidad de la inaudita proeza. Los historiadores o panfletistas venezolanos no han expresado dudas al respecto, por causa distinta. Por no quedarnos atrás, los colombianos defendemos la gloria de nuestro compatriota pero sobre la base —*sine quam non*— de que el cuerpo del granadino jamás estuvo presente, en parte alguna, sino volando en el espacio convertido en cenizas. Es un impase. Si se hallare, pues, algo que lo explique y desate, se habrá logrado resolver la cuestión plausible y definitivamente. Las ideas que quedan expuestas quizá puedan servir para señalar un cauce nuevo.

La gloria de Ricaurte, es bueno repetirlo muchas veces, consiste esencialmente en haber incubado la alucinante idea, haberla aceptado con voluntad heroica y haberla realizado en el sacrificio. Lo demás, evidentemente, poco cuenta. ¿Qué importa que después el cuerpo hubiera quedado sepultado bajo los escombros o que sus miembros despedazados hubieran sido lanzados al infinito, o que la explosión lo hubiera proyectado sobre el campo cercano, o que sus fieles subalternos, en un afán de rescate, lo hubieran llevado al sitio en donde el día siguiente lo encontró el Libertador? ¿Qué importa que hubiera muerto —después de la hazaña— en el campo de batalla que por algo se llama “campo del honor”? ¿Qué se gana con divagar sobre si el “lanzazo y el balazo” que exhibía su cuerpo le causaron la muerte en combate o que su cadáver sufrió heridas cobardes por parte de la soldadesca de Boves? Lo importante, lo extraordinario y decisivo había ocurrido ya, en el instante único y grandioso de la inmolación.

De lo anteriormente dicho pudiera concluirse:

—La creencia en la reducción a cenizas del cuerpo de Ricaurte o en la fragmentación llevada al extremo de hacer imposible la identificación, merece ser revisada a la luz de los conocimientos científicos sobre la explosión de productos inflamables, de una nueva confrontación de los documentos pertinentes, de verificaciones serias y completas sobre el propio terreno donde se produjo la acción y de explicaciones adecuadas sobre

el poder explosivo de los elementos que formaban el arsenal destruído y la importancia que este pudiera tener en potencial y elementos.

—El hallazgo del cadáver de Ricaurte sobre el campo de batalla, con posterioridad a la hazaña de incendiar el parque, no implica que tal hazaña no se hubiera cumplido, ya que se trata de actos sucesivos, de ningún modo incompatibles.

—El testimonio del oficial del ejército Tomás Gutiérrez, quien lo afirma enfáticamente en su autobiografía u hoja de vida, tiene crédito suficiente para aceptar eventualmente el hallazgo, por el Libertador del cadáver de Ricaurte en el campo de batalla. Se trata de un compañero de armas, de un testigo ocular muy difícil de invalidar.

La gloria de Ricaurte no se menoscaba en lo más mínimo con la aceptación de que su cuerpo sin vida hubiera sido hallado después de la proeza de San Mateo, pues la condición exclusiva de esa gloria es la sobrehumana consumación de su sacrificio.